

Juan García Ponce

## Sergio Pitol: la escritura oblicua

La obra de Sergio Pitol ya es vasta. Disimula, sin embargo, su propio desarrollo en las vueltas y revueltas, en los suaves meandros de su obvia continuidad y en las vertiginosas caídas en las dificultades que ella misma se pone delante, mediante las que esta obra regresa continuamente sobre sí misma como si necesitara contemplarse para advertir su propia realidad. Como los asesinos en las novelas policiacas, Pitol vuelve siempre al escenario de sus propios cuentos, los escribe otra vez, podría suponerse que busca perfeccionarlos. Sería una equivocación. Esta insaciable necesidad de regreso tiene otro origen. *No hay tal lugar* se llama uno de sus libros de cuentos. Pero si ese *lugar* no existe en el mundo, se hace visible, "irreversible y de hierro" (tal como Borges describe al tiempo en su *Nueva refutación del tiempo*) dentro del tiempo detenido de la creación literaria. Si Sergio Pitol regresa a sus propias obras es para volver a encontrar en ellas el derecho a habitar en ese *lugar* que él mismo ha hecho aparecer, libre ya de la constante presencia devoradora del tiempo y fijo en la oscuridad que la propia sinuosidad de los sistemas narrativos de Sergio Pitol crea para establecer el espacio propicio en el que poco a poco se muestran sus obsesiones y sus temas secretos. No es otro el material de esta alta literatura: obsesiones y temas secretos. Los reflejos y repeticiones nos van entregando poco a poco su sentido: regresar siempre a esas obsesiones y temas secretos: volver a encontrarse a uno mismo.

Todo esto es lo que parece estar indicándonos uno de los últimos libros de cuentos publicados por Sergio Pitol: *Del encuentro nupcial*. Cuatro cuentos de los cuales tres ya habían sido publicados anteriormente en diferentes libros y reaparecen en este último con significativas variantes y precisiones en las que, no obstante, no nos detendremos ahora porque nuestro propósito es otro: utilizar el cuarto de los cuentos, el único "inédito" del libro, para tratar de precisar algunas de las claves de la tarea narrativa de Pitol y las exigencias que las hacen indispensables para que pueda provocarse la aparición de ese *lugar* en el que transcurren todas sus obras. Tal vez sería conveniente adelantar a través de lo que

nos entregan los otros tres primeros cuentos que, como ocurre en toda la obra de Pitol, si procedemos a su ordenada lectura antes de adentrarnos en el último de ellos, cuando lleguemos a éste estaremos encerrados ya en el clima enrarecido, malsano en muchos aspectos, cubierto de inesperadas amenazas y ominosas presencias, concretas unas veces, huidizas como la materia misma de los sueños otras, que crea una rigurosa escritura dueña de una precisa claridad en la que se nos revelan en igual medida la parte luminosa y la parte oscura del mundo y la conciencia, de la realidad y de la mirada que la contempla, mediante un proceso envolvente que a veces, muchas veces, parece estar obstruyendo el libre desarrollo de la acción y finalmente se nos revela como el único medio de que dispone el escritor válidamente para llegar hasta el ambiguo centro de los relatos y permitir que abran ante nosotros el carácter descarnado, amenazante y siempre ambiguo de una realidad que por eso mismo también deja ver el ámbito del mundo como el rico escenario en el que toda vida encuentra, ya que no su centro, la posibilidad del variado despliegue que la determina.

En *Del encuentro nupcial* este "método", que no lo es de ninguna manera, sino que es la exacta repetición del modo en que la sensibilidad de Pitol enfrenta al mundo o se deja envolver por él, aparece exacerbado hasta sus últimos límites. En el principio parece encontrarse la necesidad de escribir, pero ¿por qué escribir, y, además, quién es el que escribe? Sin ofrecernos ninguna explicación directa sobre la primera cláusula de esta doble pregunta, *Del encuentro nupcial* parte más bien de la exigencia que provoca la existencia de la segunda. Primero se trata de esclarecer quién escribe. Pero precisamente aquel que escribe es una figura demasiado indeterminada. Lo que en verdad sabemos de ella es que está rodeada de posibilidades, de situaciones, de fugaces visiones de personajes reales o ficticios, de intuiciones y súbitas revelaciones de posibles escenarios y que se encuentran en las propicias condiciones de soledad y aislamiento para con todos esos elementos, que forman lo que podríamos considerar la carga natural de vida de toda conciencia, ponerse a "ordenar" el material mediante el que podrían armarse uno o más relatos. Sin embargo, ese mismo material obstruye su presentación, como si quisiera permanecer en lo oscuro e indeterminado, como si ocultara en su desenhilvamiento una realidad "atroz o banal" (como volvería a decir Borges, cfr. *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*) que no quiere mostrarse, sino, al contrario, permanecer en lo oscuro e indeterminado. Y porque no puede "ordenar" ese material, nosotros tampoco podemos saber quién escribe o a lo más podemos aventurar que quien escribe es la imposibilidad de escribir. Pero —esto es lo importante— enfrentar esa imposibilidad es ya tomar el camino por el que empieza a vencerse: el que escribe es alguien que nos cuenta que no es posible escribir. Y no es posible escribir por un sencillo motivo manifiesto a través de la complejidad de la escritura: la realidad es inapresable y cambiante, se resiste

al ordenamiento que haría posible la escritura y ese ordenamiento es indispensable para que aquel que necesita escribir, entre otras cosas para encontrarse a sí mismo como escritor, alcance la identidad que es capaz de entregarle a la escritura.

Sobre este dilema empieza a moverse la escritura de Sergio Pitol. Su forma, por eso, no puede menos que buscar una apariencia indecisa y vacilante al principio. Nunca sabemos muy bien quién habla y sobre todo por qué tiene que hablar cuando una y otra vez lo que por encima de todo se afirma es que no puede hacerlo. Hay un hacinamiento de sucesos, de figuras, de escenarios que coinciden todos en su calidad propicia para ser el material de una "historia". Pero la decisión indispensable a la escritura de escoger una posibilidad entre la que todos ellos representan se aleja cada vez más precisamente porque tal vez todos merecen igual atención. Y sin embargo, en medio de esa imposición de las distintas figuras en la imaginación de aquel que desea escribir, a través de múltiples desviaciones, de indecisas disquisiciones, de giros del recuerdo hacia una u otra posibilidad entre las que siempre está presente la de la misma escritura de haber elegido una de esas múltiples imágenes, poco a poco, de una deliberada manera lenta y oscura, a través de un lenguaje rico y severo, vamos advirtiendo, en tanto lectores, que sin necesidad de elegir una sola entre esa multiplicidad de posibilidades, la escritura ha ido abriéndose paso y lo que nos está entregando a través de la presentación de lo que podría hacerle existir es su propia existencia.

Encontrar el lugar de la escritura. Si la realidad es atroz o banal, tal vez más exactamente, atroz y banal, no hay ningún motivo para establecer los valores que permitan determinar la fijeza de la escritura a no ser que en nombre de ésta se pretenda traicionar el carácter mismo que aquel quien escribe descubre en la realidad al volverse hacia ella para encontrar el movimiento de la escritura. El medio niega su capacidad de tener algún fin y al hacerse inaccesible niega también a aquel que lo busca para encontrar su propia fijeza, su propia realidad, en la escritura. Es un círculo vicioso, un ámbito sin salida, pero por tanto también sin ninguna vía de acceso, que siempre se muerde la cola. Tal vez por esto nada es "real" sino tan sólo "posible" en tantos de los relatos de Sergio Pitol, cuyo tema final es inevitablemente la necesidad de escribir un relato. Pero sobre esta imposición, a través del hecho mismo de que se tenga que escribir, van surgiendo una, dos, varias anécdotas que luchan entre sí por surgir independientemente a la vida. Todas son igualmente "irreales" en el sentido de que han sido "compuestas" por aquel que necesita escribir y él nos deja ver cómo se sirve de ciertas imágenes, mínimas en muchas ocasiones, basta, por ejemplo, con una tela de araña y tres moscas que pueden transformarse en arañas y regresan obsesivamente a la imaginación del escritor, o con un escenario, que puede ser un hotel con forma de barco o un grupo de barcos encallados en la

arena, o con una serie de personajes de distinta filiación y que viven diferentes conflictos, de los que se nos deja suponer muchas cosas que pueden ser producto de una cierta forma de delirio de persecución principalmente nacido del temor a una fuerza que se encuentra en su interior cuyo carácter no reconocen y se sienten incapaces de dominar. Con todos estos elementos dispersos, que se disparan en las más diferentes direcciones y que incluso por la procedencia de los personajes nos imponen la amplitud de un ámbito geográfico que parece abarcar todas las naciones, muy distintos momentos de la historia, un continuo vaivén de la memoria que se detiene en sucesos sin un dueño preciso a los que es indispensable encontrarles o proporcionarles un protagonista, una víctima, un victimario se va configurando una trama de una casi intolerable densidad. Hay tantos hechos, tantos dramas, tantas acciones terribles, tal vez sádicas, quizás viciosas, posiblemente imaginadas y alimentadas por el temor solamente que nos sentimos dentro de una suerte de laberinto que hace cada vez más difícil la respiración y del que es indispensable salir. Entonces advertimos que aquel que escribe ha logrado su propósito: ese laberinto es la escritura. Y se escribe porque crearlo es la única manera a nuestro alcance de reproducir la forma sin forma de la vida.

En el principio era el caos. Sergio Pitol lo respeta y nos hace participar de él mediante la escritura sin que el orden creado por la escritura lo destruya ni lo modifique. Por esto sus relatos producen más que una conciencia una sensación tan misteriosa y opresiva. Como nos lo dice el título de uno de sus cuentos, él, sus personajes, nosotros en tanto lectores suyos estamos siempre bajo esa amenaza que toma la forma de "Una mano en la nuca". Es imposible tratar de liberarse de ella desentrañándola porque no tiene ninguna consistencia real. Nos está vedado huirlo porque no hay nada de que huir más que sí acaso de nosotros mismos y esa huida entonces se llama la muerte. Tales son los elementos con los que "juega" esta forma de escritura. Su propósito y su exigencia es ponerse todo tipo de dificultades como posibilidad de escritura porque Sergio Pitol no quiere que el hecho mismo de la escritura abra un falso camino de salida en tanto realidad estética. Su obra no nos libera, nos implica y lo que es peor nos hace muchas veces cómplices de ese oblicuo propósito de representar la realidad mostrando precisamente que ésta es irrepresentable. Algo en todos los relatos de Sergio Pitol nos obliga a participar del epígrafe de José Emilio Pacheco elegido para *Del encuentro nupcial*:

*Y al término  
del encuentro nupcial:  
sucumbe...*

Sergio Pitol ha logrado el prodigio de que al final de la lectura de sus obras sintamos que nos hallamos frente a un montón de ruinas que abarcan incluso el propósito de escribir y, sin embargo, de esa corrosiva y perturbadora labor de destrucción surge una poderosa literatura. Nunca ha sido otra la paradoja del gran arte.